

LA FIGURA RECORDADA

ROSITA MAURI

GLORIA EN UNA VITRINA. — LA ABSURDA COQUETERIA. — DANZARINA PRECOZ. — PRIMERA EN PARIS. — MANET Y SU MODELO. — LA BAILARINA DE LOS IMPRESIONISTAS

Desde hace muchos años —una deliciosa herencia del ochocientos—, cuando la primavera decora las ramas de los árboles de las Ramblas, en el Liceo se anuncian las compañías de «ballet». De su repertorio tradicional, ópera, conciertos, «ballets», han desaparecido del Liceo los conciertos, pero han sobrevivido los «ballets» para satisfacer la afición de los barceloneses, entusiastas de la danza clásica, amantes de los buenos conjuntos coreográficos. La bailarina más famosa del Liceo de nuestros abuelos fue la reusense universal Rosita Mauri, que a los catorce años, apenas nos tendríamos, se convierte en la primera figura del cuerpo de baile, y más tarde, y por espacio de veinte años, su nombre va unido a la danza de la Ópera de París.

UNAS MEDIAS Y UNOS ZAPATOS

En el Museo del Teatro, que se aloja en el Palacio Güell, señorial, pero triste, en una vitrina, en la cual abundan recuerdos de otras figuras, se ven unas fotos grises, apagadas y lejanas, unas medias y unos zapatos de Rosita Mauri. —Eso es todo?

—Sí; que yo sepa no hay nada más —nos contesta un ordenanza del museo, un poco sorprendido de que se interesen por algo tan trivial como son en apariencia unas medias y unos zapatos, objetos que aquí aparecen marchitos, como las hojas muertas —laureles y robles— que encontramos en los viejos libros que apenas se abren y apenas se leen.

Tampoco en otros sitios se encuentran muchos recuerdos de Rosita Mauri —la entrañable «Roseta» del Liceo ochocentista— Defestaba la publicidad, era una burguesita. No creo que nadie llegue a desentrañar jamás los resortes y los secretos de su vida íntima. A excepción de sus años juveniles del Liceo, toda su existencia gloriosa transcurre en París, pero jamás reniega de su patria, y menos de Reus, como tampoco olvida a la Virgen de Misericordia, cuya estampita le acompaña siempre y figura en lugar preferente en su camerino de la Ópera, que Garnier había edificado en el momento de mayor euforia y esplendor del Segundo Imperio.

Por su nacimiento y por sus antecedentes, no debe desunirse Reus de la figura de la gran bailarina del siglo XX. Es curioso: Reus, que ha dado santos a la Iglesia, arquitectos a los pueblos, generales a la patria y pintores al arte universal, también ha dado bailarinas al mundo insólito de la coreografía.

En la función inaugural del Gran Teatro del Liceo —4 de abril de 1847— y en la tercera parte, pues en aquella ocasión no se cantó ópera alguna, se bailó por doce parejas la «Rodeña», compuesta por el maestro director de bailes don Juan Camprubí. Ese Camprubí era hijo de Reus y un excelente coreógrafo.

BIOGRAFIA COMPLICADA

El padre de Rosita era, asimismo, de la «Ciutat del Camp». Se llamaba Francisco Mauri Teixidó; cómico y bailarín, mediocre en ambas artes. Su esposa, Cristina Argilagó, era de Reus, como su esposo; los otros hijos —parece que el matrimonio tuvo tres— debieron nacer en la misma ciudad. Pero hay que trabajar mucho en la nublada biografía de esta ilustre figura de la danza para poner un poco las cosas en claro y en su punto, pues los biógrafos —escasísimos— no coinciden en las fechas esgrimidas y las contradicciones son constantes, especialmente si se tiene en cuenta que la artista, en llegada a cierta edad, le dio por la absurda coquetería de ocultarse los años, con lo cual desorientó al más enterado.

LOS BUENOS REUSENSES

Reus, que tanto mima a sus figuras, recuerda a la Mauri. Hay un grupo de fieles que ha contribuido mucho a airear su fama: Enriqueta Prats, Simó Bofarull, Lola Alimbau, el doctor Francisco Gras, Pedro Huguet, J. Iglesias Panayotis, G. Orphanides, Ayguader, Cuadrada, March, Casanovas, Sabater, Bertrán Borrás y muchos otros que harían la lista casi interminable, ya que en Reus se viven —y en colectividad— las cosas del espíritu.

La Asociación de Conciertos de Reus y el grupo ya citado de entusiastas, promovió en el invierno de 1956 un homenaje a Rosa Mauri y colocó su retrato en la galería de reusenses ilustres, retrato ofrendado por otro admirador de la bailarina: el doctor Alejandro Frías.

Un nuevo homenaje tuvo lugar poco después en el Liceo de Barcelona y durante una de las actuaciones del «ballet» del marqués de Cuevas. Juan Magriñá, Aurora Pons y sus huérfanos, al igual que antes en Reus, bailaron algunas de las piezas predilectas de Rosita Mauri: «Pizzicato», del «ballet» «Silvia», de Delibes; «La Sabotière», de «La Korrigane», de Widor; «La zingara», del «ballet» «La Maladetta», de Paul Antoine Vidal, y las «Bolerías», de Jiménez.

Otra ciudad que no hubiera sido Reus —entusiasmo y empuje— hubiera dudado antes de decidirse a colocar el retrato de una bailarina al lado de un poeta, un general, un pintor, un arquitecto o un filósofo. Pero merced a esta sensibilidad colectiva, compartida por Bertrán Borrás, entonces alcalde de Reus, el retrato de la gran bailarina queda entronizado entre Prim y Gaudí. También los pies nos llevan a la gloria.

La precocidad de la Mauri es notable. Nace el 6 de diciembre de 1855, y diez años más tarde —1865— se le aplaude en el teatro reusense el «Euterpe». Poco después debuta en Palma de Mallorca, y en 1866, o sea a los once años de edad, ya forma en las filas del cuerpo de baile del Liceo, llamado to-

avía, al menos por algunos, «Liceo Barcelonés de S. M. la Reina Doña Isabel II».

Tan extraordinarios debieron ser los méritos de la pequeña bailarina —jamás creció mucho— que en la temporada 1867-68 la vemos de primera figura en el «Principal». Allí continúa hasta que realiza su primer viaje artístico al extranjero. En 1870 acepta ir a bailar en Hamburgo.

De retorno de su primer viaje al extranjero, Rosita Mauri, en trance de convertirse en la reusense universal —no tiene todavía quince años— trabaja en el «Principal» y en el «Barcelonés». Sus grandes actuaciones en el Liceo, que la convertirían en la figura más aplaudida y admirada de la ciudad, no comienzan hasta la temporada de 1873-74. Anteriormente estuvo cerca de un año en la Scala de Milán, agasajada por la crítica y aplaudida por un público que había visto bailar a la Taglioni, a la Elssler, a la Grisi y a la Grahn.

RUSINOL EN LA SCALA

En el mismo edificio de la Scala se cobija un delicioso museo del teatro, una maravilla de instalación. En él encontré algunos recuerdos de la Mauri, como vi, por ejemplo, todas las obras en catalán de Santiago Rusiñol.

En 1873, Rosita Mauri, pequeña, vivaracha, nerviosa, con las cejas intensas, negrísimas, nada delgada, ni tímida en escena, baila en el Liceo un ampuloso e historiado «ballet». Para tal ocasión, el óptico barcelonés y gran liceísta Luis Corrons fue el encargado de asociar la electricidad a los efectos de la luz Drumond, «con resultados que en primer lugar maravillaron y después produjeron explosiones de entusiasmo», según un cronista, el mismo que apostilla que, dentro de aquella claridad irreal, la gracia de Rosita Mauri, heroína del acontecimiento, «tenía algo de celestial; su arte se sublimaba». Al editarse el argumento del espectacular «ballet» se imprimió en él un retrato de la artista debido a Eusebio Planas.

Cada vez son, no obstante, más frecuentes los viajes de la Mauri. En el transcurso de tales desplazamientos en el extranjero recibe lecciones de madame Dominique, profesora del cuerpo de baile de la Ópera de París, en cuyo cargo, muchos años después, le sucedería la propia Roseta Mauri.

ADIOS AL LICEO

Con motivo del homenaje que le tributó la ciudad de Reus, sus organizadores recibieron una carta de Serge Lifar, entonces maestro de «ballet» de la Academia Nacional de Música y Danza y primer bailarín de la Ópera de París. En un momento dado de su carta, Serge Lifar escribe: «Le passage de cette grande prêtresse de la danse sur la scène de l'Opéra n'est pas effacé par le temps, ni par le développement et l'évolution de notre art.»

La Mauri danzó por última vez en el Liceo a finales de 1877. Tenía veintidós años, y prácticamente había conquistado Europa. Desde aquella fecha, hasta 1923, en que murió, la Mauri estuvo casi siempre en París. Durante muchos años fue la primera bailarina de la Ópera francesa. Su nombre, y creo incluso su retrato, jamás me he fijado en esto, se halla perpetuado en una de las dependencias del gran teatro de París. Después, al cabo de veinte años de actuar en la Ópera, pasó a sustituir a su maestra.

Debemos al diplomático español Aureliano Alba de Salcedo una serie de preciosos datos sobre la bailarina universal, publicados, en su día, en un semanario reusense. Para darnos cuenta de su insólita popularidad, nos remitimos al hecho, contado por Alba de Salcedo:

«El libro «Historia del Museo Gravin» (Claude Cézán, Ediciones Rombaldi) comienza con la solemne inauguración del mismo, en una fiesta de beneficencia, el 10 de enero de 1882. Publica la primera extensa lista de personalidades entonces reproducidas en cera. Recordemos a Gounod, Massenet, Coquelin, Sardou, Kruger, Bismark, conde de Chambord, Lesseps, Ferry. Pero el primer nombre de la lista que cita el libro —reflejo de su prestigio— es el de doña Rosa Mauri. En otro apartado la recuerda como cumbre de la danza clásica y subraya la efectiva primacía tan merecida en el Museo Gravin.»

TU SERAS LA MUJER EN ROSA

Pese a que no le gustaban en demasía los retratos —yo encuentro fea a la Mauri— fue pintada por artistas importantes; el primero de ellos, Manet, que la retrató envuelta en un batín de co-



La Mauri vista por el lápiz del gran grabador barcelonés Eusebio Planas

lor de rosa, retrato que apenas gustó a la bailarina, cuyas preferencias en materia de artes plásticas creo que eran bastante discutibles. Carlos Soldevila cita la anécdota: Manet, al saber que su retrato, «Jeune femme en rose» —actualmente en Berlín—, no gustaba a la gran bailarina, en venganza le escribió benigne el siguiente epigrama:

«Rosita, qui n'as pas voulu t'astreindre [à la pose, Désormais, anonyme, tu resteras Femme [en rose.]»

Existen, empero, otros retratos notables —«museísticos»— de la bailarina de Reus. Se conoce un retrato de ella por Clairin y un busto por Marqueste, y, al parecer, existió otro, tocada la Mauri con la mantilla española, original de Eugenio Arnau, pero no figura entre sus obras catalogadas. Muy bueno, asimismo, el de Galofré Ollé.

Un detenido examen de las bailarinas de Degas y una escrupulosa verificación de fechas, nos llevaría al sorprendente descubrimiento —que creemos haber hecho— que una de tales bailarinas es la mismísima Roseta Mauri. Para orientarnos hay los retratos fotográficos, especialmente el que le hizo el genio francés de la fotografía del ochocientos: Nadar, el hombre que nos ha legado los más sensacionales clisés que se conocen, entre ellos, el maravilloso Charles Baudelaire.

En sus primeros estudios de bailarinas —pastel sobre cartón o papel— realizados por Degas —por una razón de cronología, no se encuentra la figura que suponemos es la de la Mauri, pero cuando ella ya es la primera bailarina de la Ópera, o sea a partir de 1880, es fácil encontrar en sus alados modelos a mujeres que nos recuerdan a la bailarina de Reus.

DESDE EL PALCO

Allí donde nos parece asoma la Mauri es en la obra de Degas —muy famosa por cierto— «Ballet vu d'une loge de l'Opéra». Es muy conocido. Pertenece a la colección de John C. Johnson, de Filadelfia. Es un pequeño y delicioso cuadro al pastel. La primera bailarina se aproxima a las candelillas y hace una graciosa inclinación de cabeza al saludar al público invisible de la invisible sala.

La cara, el cuerpo pequeño de la artista captado por Degas —muy famosa extraordinariamente, y la coincidencia se hace más notable todavía si uno tiene en cuenta que en la fecha en que fue realizada la obra Rosita Mauri era la primera bailarina de la Ópera, la figura que le corresponde saludar cuando el público aplaude un «ballet».

La vida de la Mauri, una vez retirada de la Ópera, continuó en pleno fausto. Como en los días que enamorara al Kaiser, fundador de un imperio que no alcanzó el medio siglo, la Mauri se veía rodeada de una verdadera corte de admiradores. Tuvo casa y estudio en París. En la calle Cambon, y más tarde se afincó en el aristocrático barrio de Neuilly. A su «Villa Mauri» acudían príncipes y reyes en el destierro y las grandes figuras de Francia en política, ciencia y arte. Durante los veranos se trasladaba a Alemania, residiendo en la Selva Negra, en la propiedad de una aristocrática familia húngara. Más tarde abandonó Neuilly para fijar su residencia en un palacete de Marly-le-Roi.

Los parisenses le llamaban «Madame», los españoles que la visitaban, «Doña Rosita». En algún sitio de la casa, a los visitantes llegados de Reus o de Barcelona les sorprendía una imagen de la Virgen de Misericordia, algún recuerdo de la patria, algún retrato amigo...

«Roseta» era muy española, pero también muy francesa, muy parisense. Edgar Degas escribió un sutil y maravilloso soneto sobre una danzarina, cuya primera estrofa resuena armoniosa:

«Elle danse en mourant, comme autour [d'un roseau...]»

Acaso esa bailarina fuese ella, la artista que vivió rodeada de admiradores que no quiso, de aplausos que no escuchaba, amorosa de una patria a la cual no volvió, como si todo en ella se hubiera vuelto una pura y absurda paradoja.

Arturo LLOPIS



La Mauri posa para el gran fotógrafo Nadar, el hombre que nos ha legado el documento gráfico más impresionante de las figuras de su tiempo



La bailarina de Reus, elegante y friolera como la viva representación de la mujer de su época

Tejidos de ensueño para... VESTIDOS DE CEREMONIA Para su próxima ceremonia social los más selectos tejidos y prendas finas para vestir con la mayor elegancia y distinción. GUIPURES, ORGANDIS, BORDADOS SUIZOS, TERCIPELOS, SEDAS, TULES, ENCAJES, PIELS SINTÉTICAS Y LENCERÍA FINA. LAS MEJORES SELECCIONES DE ALTA FANTASIA EN la casa de las novias Rosellón, 269 (junto F.º de Gracia) Tel. 2541470 604 BARCELONA-8

hormigoneras de máximo rendimiento y absoluta seguridad de funcionamiento MARCA MODELOS: U-150 Litros capacidad útiles, U-200, U-250. Fabricación normalizada, Organos vitales protegidos, Con motor Eléctrico de Gasolina. UTILES Y MAQUINAS PARA LA CONSTRUCCION Av. de San José, 192 - ZARAGOZA - T. 144. 17965 Barcelona (15), Loreto, 20. T. 230-81-43